

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XVIII



C. S. I. C.
1981
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XVIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1981

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
ESTUDIOS	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo xiv según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	9
Judeoconversos de Torrelaguna (Madrid) a fines del siglo xv, por <i>Enrique Cantera Montenegro</i>	23
El Monasterio de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, fundación del Cardenal Cisneros, por <i>Carmen Román Pastor</i>	41
Juan y Valentín de Ballesteros, maestros de obras de cantería de la villa de Alcalá, por <i>Miguel Angel Castillo Oreja</i>	69
Juan Correa de Vivar y los retablos del Convento de Clarisas de Griñón (Madrid), por <i>I. Mateo Gómez y M. Díaz Padrón</i>	91
Oficios burocráticos en las obras reales madrileñas (1540-1563), por <i>Luis Cervera Vera</i>	99
Noticias sobre la misteriosa desaparición de la muralla madrileña durante el siglo xvii, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	119
Orígenes históricos del marquesado de Leganés y su primer titular: Don Diego Messía de Guzmán, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	131
Toros en la provincia de Madrid, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	137
Datos para un estudio de Madrid en la primera mitad del siglo xvii, por <i>M.ª del Carmen González Muñoz</i>	149
Cristóbal de Aguilera y el desaparecido Convento de los Capuchinos de la Piedad de Cristo, de Madrid, por <i>José Luis Barrio Moya</i>	187
Pintura y mentalidades en Madrid a finales del siglo xviii, por <i>Jesús Bravo Lozano</i>	193
La configuración del eje Prado-Recoletos-Castellana (1630-1975), por <i>Carmen Gavira</i>	221
El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcázar de Madrid, por <i>José Miguel Morán Turina</i>	251
Houasse en la corte de Madrid. Notas y documentos, por <i>Juan J. Luna</i>	265
Nuevo Baztán y el prerreformismo borbónico, por <i>Beatriz Blasco y Francisco J. de Benito</i>	287
El niño expósito: cifras de mortalidad de una inclusa del siglo xviii, por <i>Joan Sherwood</i>	299
La inventiva y las profesiones deshonrosas en el siglo xviii, por <i>Antonina Rodrigo</i>	313
Francisco Sabatini, autor del Cuartel de las Reales Guardias Walonas de la villa de Leganés, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	321

	<u>Páginas</u>
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	347
Pedagogía e ilustración españolas. El ideario educativo de los fundadores de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, por <i>Olegario Negrín Fajardo</i> .	367
Una epístola poética sobre el Madrid de Carlos III, por <i>Enrique Pardo Canalis</i> ...	395
La hacienda del Seminario de Nobles de Madrid. 1785-1808, por <i>Beatriz Martínez</i> .	405
Las Escuelas Patrióticas de Hilazas creadas en la Villa de Madrid durante el reinado de Carlos III, por <i>Dolores Palma García</i>	443
El camino de hierro de Aranjuez: Primeras tentativas, por <i>J. Moreno</i>	457
La legislación penal en Madrid en el reinado de Fernando VII, por <i>J. Antonio García Borrega</i>	479

SEMBLANZAS DE MADRILEÑOS ILUSTRES

El P. Alejandro Aguado, abad general de la Orden de San Basilio Magno, madrileño Ecumenista, por <i>Angel Benito Durán</i>	501
Un antiguo profesor: Andrés Ovejero, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	521

TEXTOS

J. Pérez de Montalbán: «Índice de los ingenios de Madrid», edición crítica y estudio, por <i>M. G. Profeti</i>	535
---	-----

INFORMACION

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños en 1980	593
Los Centros de Estudios Locales: Su marcha hacia la reagrupación en 1980	595
El Instituto de Estudios Madrileños en la reunión plenaria de Centros de Estudios Locales celebrada en Ciudad Real, por <i>Antonio Aparisi</i>	601

UN ANTIGUO PROFESOR: ANDRES OVEJERO

Por RAMÓN EZQUERRA ABADÍA

Cabe hacer la semblanza de un profesor por su producción intelectual, su capacidad para crear una escuela, despertando vocaciones u orientando discípulos, por el influjo en ellos ejercido o por el recuerdo que haya dejado en los estudiantes su propia persona, aparte de su aspecto científico. Recuerdo grato o poco agradable, digno o incluso desfavorable y hasta caricaturesco. De sentir es que no se hayan consignado por escrito suficientes memorias de la época universitaria por quienes pudieran haberlo hecho o perfiles de los maestros que presidieron las aulas por las que se anduvo en el transcurso de las carreras: estudiando o sólo cursando. Por ello quisiera dedicar una remembranza a uno de los catedráticos cuyas explicaciones oí, creo que con cierto fruto, y al que creo merecedor de una breve caracterización; tarea que podrían efectuar mejor otros antiguos alumnos suyos, pero que, por desgracia, van siendo cada vez menos, pues el tiempo los ha ido devorando.

Me refiero al madrileño don Andrés Ovejero y Bustamante, que desempeñaba la cátedra titulada algo pedantemente Teoría de la Literatura y de las Artes, denominación que respondía a ciertas corrientes filosóficas de fines del siglo XIX¹, y que se explicaba en el segundo curso común de la Facultad de Filosofía y Letras. En este caso en la Universidad madrileña, llamada entonces Central.

Fui discípulo de Ovejero en el curso de 1922 a 1923, casi recién salido de las aulas del Bachillerato y con escasa formación cultural —en sentido amplio— no en información científica, la cual se daba con cierta abundancia en la Segunda Enseñanza, como se la llamaba entonces. Asignatura —fea

¹ Se introdujo esta asignatura en el plan de 1900 y desapareció en el de 1928, sustituida por Historia del Arte.

palabra— la citada de Teoría que resultaba una novedad para los estudiantes, pues en los estudios de Bachillerato no se prestaba atención al Arte, como se ha hecho después, ya que en la cátedra de Ovejero se explicaba sólo Historia del Arte, no la supuesta Teoría del mismo y de la Literatura. Bien es cierto que no se omitían criterios estéticos.

Para que no falte el *curriculum*, como ahora se dice en lugar de *expediente* o historial, diré que Ovejero nació en Madrid el 13 de marzo de 1871, y tras estudiar Filosofía y Letras cursó Magisterio en la Escuela Normal para adiestrarse en la enseñanza. Se dedicó al periodismo y fue redactor del diario liberal *El Globo*; llevó también la sección extranjera de la *Revista Política Ibero-Americana* (1897) y también colaboró más tarde en el *Diario Universal*, otro órgano liberal y al parecer después con cierta asiduidad en *El Socialista*. En los años finiseculares fue secretario primero de la sección de Literatura del Ateneo de Madrid. Fue profesor de Bachillerato en Puerto Rico, de donde regresó al cesar la soberanía española, aunque se le invitaba a quedarse allí. En 1902 obtuvo por oposición la cátedra mencionada de Teoría, de la que fue primero y último catedrático (Elias Tormo obtuvo ese año la misma cátedra en la Universidad de Salamanca). Mas tarde se le acumuló a Ovejero la cátedra de Literatura Española, curso de Investigación. También se le designó vocal de la Junta Nacional del Tesoro Artístico y del Patronato del Museo del Prado. En 1928 estuvo en América y pronunció conferencias en la Argentina y Uruguay.

La persona de Ovejero puede recordarse desde diversos ángulos. Por lo pronto la hora oficial de su clase era de once a doce de la mañana, pero él hacía poco caso de las prescripciones oficiales: llegaba cerca del mediodía o después y prolongaba la clase a su arbitrio hasta que juzgaba que podía darla por terminada. Siguiendo la boba rutina del reglamento, el bedel —el simpático y ya bastante mayor Cubo, muy popular entre los estudiantes— «daba la hora» cuando el reloj señalaba las doce, a sabiendas de que don Andrés no hacía el menor caso de tal formulismo. A veces la clase se explicaba en un museo y entonces casi no había límite horario para su conclusión. No hubiera sido esto un grave inconveniente sino se diera el desagradable caso de que a las dos y media comenzaba la clase de latín de don Julio Cejador —otro docente que requeriría una buena biografía— que era sumamente puntual. Así que el estudiante que viviera lejos del consabido caserón de la calle de San Bernardo ya podía darse prisa en ir a su casa, comer precipitadamente y con el último bocado correr a la clase de don Julio, so pena de quedar excluido de ella. Y aún no se había inaugurado la línea del Metro que algo después facilitaría el acceso a la vieja Universidad.

Ovejero era algo bajo, regordete, de aspecto sanguíneo, de andar apresurado, con la cabellera algo larga. Su clase era casi completamente decimonónica. Peroraba con facundia, inagotablemente, con elocución castelarina, en forma grandilocuente, retórica, con latiguillos y tópicos preestablecidos muchas veces, con entusiasmo real o preparado y con dos muletillas repetidas copiosamente: «exactamente» y sobre todo «verdad, verdad». Se cuenta que en ocasiones se hacían apuestas sobre cuántas veces proferiría «verdad» y también que, enterado de ello, un día se contuvo y se abstuvo de soltar la muletilla durante toda la clase y que al final, la dijo tres veces y añadió «impares ganan».

Se le atribuía un vida bohemia y descuidada y se decía —no lo garantizo— que recortaba las páginas de los libros que usaba y las colgaba de cuerdas con pinzas de la ropa, sacando cada día el trozo oportuno y que así eran su fichero y su biblioteca. Seguramente meras hablillas. Pudiera ser cierto en parte, pues he conocido a otro profesor quien me confesó que reducía los libros —no creo que todos— a las páginas que le interesaban y así ocupaba su biblioteca poco espacio y era de fácil transporte. Pero cierto o no, las escasas publicaciones de Ovejero delatan abundantes lecturas y conocimientos de muchos autores.

Podría pensarse que Ovejero era un profesor de caricatura y algunos rasgos suyos harían insinuarlo; por lo menos era muy diferente del resto del profesorado en su comportamiento y métodos. No faltan memorias orales de profesores ridículos —de provincias los he oído—, de conducta informal, indigna o apayasada. Pero algo —bastante— más y más valioso era Ovejero, pese a lo raro de su porte e incluso a veces de sus explicaciones. Ya he dicho que en el Bachillerato no se estudiaba en general Historia del Arte —probablemente habría excepciones— pero mi experiencia en esto es negativa, aunque por motivos particulares tenía ya cierta afición a contemplar sus obras y me eran familiares algunos museos. No obstante se me despertó en la clase de Ovejero una afición más honda y más fundamentada, aunque no haya sido un especialista, y que he aplicado luego con alguna intensidad en mis enseñanzas. Y este caso era algo corriente: supo aflorar Ovejero en muchos alumnos un primer contacto con el Arte, que unos continuarían en sus futuras dedicaciones y en otros despertó al menos interés y un saber ver la obra artística. Y creo que esto es mérito suficiente, pues quien así consigue tal influjo es un verdadero maestro, ya que Ovejero era lo más lejano de un investigador. Para él la incitación a apreciar la belleza y a suscitar fervor por el Arte fue un auténtico apostolado, que llevó a cabo no sólo en la cáte-

dra sino en innumerables conferencias y en cursos o charlas dadas también asiduamente a obreros y a un público más general.

La clase no era muy cuantiosa en relación con los módulos masificados de nuestros días: unos cincuenta o sesenta alumnos, quizá menos, con un porcentaje no muy pequeño de alumnas. El aula —antigua biblioteca legada a la Facultad y que no creo que se consultara nunca— estaba adaptada para proyectar diapositivas y por tanto se usaba también por otras clases de Arte —del Doctorado— y de Arqueología. Cada mesa tenía dos lámparas eléctricas dentro de unos tubos que permitían tomar apuntes sin perjudicar la claridad de la proyección. Hay que reconocer que a pesar de la oscuridad cuando había sesiones de ese tipo, no se le desmandaba el alumnado a Ovejero con gamberradas, salvo excepción, pues se hacía respetar. Consistían las bromas en esas apuestas o en coplas humorísticas como una que comenzaba así: «El lunes por la mañana —vino a clase don Andrés— con su tripa de burgués— y melena ruskiniana». Pues Ruskin —tan decimonónico— era uno de sus autores predilectos en Estética y muy citado por él. Como he dicho, también daba algunas clases en el Museo del Prado, en el Arqueológico y en el de Reproducciones Artísticas, instalado éste en el «Casón». Recuerdo que en el patio romano del Arqueológico, una mañana invernal en que estábamos allí solo los alumnos leyó la *Oración sobre la Acrópolis* de Renan, a raíz del centenario de su nacimiento, lo que no dejó de molestar a algunos alumnos piadosos.

No recomendaba Ovejero ningún texto, ya que su clase era puramente oral, pero por tradición y alusiones suyas muchos alumnos usaban el famoso *Apolo* de Reinach, que sigo considerando pese a su vejez como un excelente manual de Historia del Arte y que ha proporcionado muchos servicios y utilidad. Algunos estudiantes adquirirían manuales mucho más breves, pero insuficientes. Al comenzar el curso imponía Ovejero un interrogatorio o *test*, según el actual barbarismo, para indagar las preferencias y conocimientos artísticos y literarios de los alumnos. Eran pintorescas muchas de las respuestas —incluidas las mías— con desorientaciones y asimismo pedanterías y denotaban el modesto nivel cultural que traíamos de la Enseñanza Media, pese a veces a brillantes estudios.

He dicho que Ovejero no era investigador y así disonaba en una Universidad que en su profesorado había dejado atrás la era de los discursos floridos y era más exigente con la preparación y actividad de sus profesores y mucho en cuanto a las tesis doctorales, en contraste con las tesis de refrito o para salir del paso de ilustres maestros, pero que, gracias a Dios, se habían

convertido a la buena doctrina y conducían a sus discípulos por laboriosas sendas, distintas de las que recorrieron sus correspondientes maestros.

Ovejero era hombre de palabra fácil, poco o nada aficionado a escribir; en aquel tiempo era de los profesores más inéditos en este aspecto. Respondía ello a una convicción suya —muy discutible— que expresó en su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes: afirmaba que tenía por incompatible el ejercicio de la enseñanza y el oficio del publicista, por lo que abandonó sus tareas de escritor para consagrarse en cuerpo y alma a la cátedra y a la extensión universitaria, a la que asimilaba su intervención en la vida política. Colaboró en periódicos y revistas, pero de libros nada o casi, y sus escasas obras han sido más raras que incunables. Más tarde sí escribió algunas obras de compromiso, que luego mencionaré¹. El reconocía su inferioridad en el terreno de la ciencia, ya que era un brillante —y eficaz— divulgador, y así, ante sabios maestros como Tormo y Gómez Moreno callaba modestamente, pero al encontrarse solo, por ejemplo en una excursión, soltaba el chorro de su elocuencia que complementaba en otras facetas las doctrinas de aquéllos y volvía comprensible y hacía sentir la obra de Arte que se contemplaba. Pues, repito, que sabía hacer comprender y sentir la belleza y abarcaba numerosos temas con sus digresiones y fecundas y sorprendentes sugerencias, frases lapidarias y conceptos y comparaciones hábilmente acuñados.

También desempeñaba por acumulación la cátedra del curso de investigación de la Literatura Española, en el primer año de la licenciatura en Letras, clase a la que también asistí y en la que exigía una especie de trabajo de investigación; pero hay que reconocer que a pesar de su cultura allí pisaba terreno menos firme y por desgracia no estaba a la altura de una cátedra que había regentado nada menos que Menéndez Pelayo.

En mi clase coincidí con estudiantes, algunos de ellos en adelante excelentes amigos míos, como el prestigioso arqueólogo de fama internacional García Bellido y el geógrafo Gavira, con quien tuve una amistad fraternal, que ya databa de antes. También pertenecía al curso el gran arabista y escritor García Gómez. Y otros compañeros, algunos por desgracia ya fallecidos que adquirieron luego cierto renombre en el profesorado, como archiveros

¹ Sánchez Cantón en el mencionado discurso en la Academia refiere que se murmuraba que había escritos suyos pero firmados por otros y que Asín Palacios tuvo ante sí un rimero de cuartillas de Ovejero sobre Juan de Arfe, pero de las que nada se supo.

Y que hay quien afirma que le había visto un libro de versos. Entre 1925 y 1926 hizo la crítica teatral en *El Socialista*, con verdaderos ensayos, algunos magistrales por su vasta cultura y su perspicaz sentido crítico por lo que se le incitó a recogerlos en un libro, sin que se consiguiera.

o bibliotecarios y en publicaciones. El nivel cultural —repito no en el del conocimiento de las anteriores asignaturas— no era aún muy alto; por él se separaban del resto de la clase cuatro estudiantes, que leían la intelectual revista *España* y estaban preocupados por novedades literarias; los demás los miraban con una especie de recelo y los apodaba irónicamente «los cuatro eruditos». Eran Eugenio Frutos, posteriormente catedrático de Filosofía en la Universidad de Zaragoza; Ramón Iglesia, que murió exiliado en América y que fue un buen historiador americanista; Vicente Llorens, igualmente exiliado, regresado y fallecido no ha mucho, autor de varias obras, que no hace falta consignar aquí y que le han dado buen renombre; y un tal Mosteiro, de accidentada vida al acabar la segunda Guerra Mundial que lo cogió en los Balkanes donde era lector de Español, y del que no he sabido después nada más.

Ovejero a pesar de sus rarezas era humano y pude comprobarlo de cerca en los exámenes, al aprobar a un infeliz alumno de muy escasas luces y pobre inteligencia, pero a quien un suspenso hubiera cerrado la continuidad de la carrera, hecha a fuerza de becas y de súplicas de su madre.

Entre las anécdotas que recuerdo de aquel curso, como pintoresca indicaré que Ovejero y Cejador sumaron unas subvenciones que les habían otorgado y organizaron una excursión de dos días a Toledo. Al llegar a la estación se advirtió a los alumnos libres que no participaban en la subvención y que sus gastos correrían por su cuenta, lo que les obligó a buscar diferente alojamiento. La primera noche nos llevó Ovejero a Santo Domingo el Real para «oir» el silencio y los cánticos de las monjas a media noche. Pero al día siguiente una discusión entre ambos profesores acabó en que nos comunicaron que se había concluido el dinero y que los que se quedasen aquella noche sería por su cuenta, por lo cual, salvo las alumnas y dos más potentados hubimos de dejar el hotel y como los libres buscar pensiones y posadas, cuya cochambre recordaba la descrita en la novela picaresca y no había cambiado desde el siglo XVII.

También en aquel curso suscitó Ovejero, probablemente con Besteiro un homenaje a María Luisa García Dorado, hija del famoso penalista Dorado Montero y primera mujer que accedía, por oposición a una cátedra de Instituto; acto que consistió en un té en el jardín de la Universidad —lo había entonces— con asistencia de los alumnos. Asimismo en aquel curso —creo— escuché la primera conferencia sobre Tutanjamen, cuya tumba había sido descubierta hacía poco y que empezaba a asombrar al mundo; la pronunció en la clase de Ovejero por su invitación un ex-alumno, Rafael Blanco Caro,

que ya iniciaba su carrera de egiptólogo y que después ha sido un excelente amigo mío.

Ovejero oficialmente era socialista y según me contaba Juanito Martínez, el simpático empleado de la biblioteca del Ateneo, había escrito terribles artículos revolucionarios; no he tenido deseos ni tiempo de enfrascarme en buscarlos en la Hemeroteca. Era entonces diputado provincial por el partido socialista y durante la República diputado a Cortes, pero en ellas se lució poco, a pesar de que en nuestros años de estudiantes le augurábamos un brillante papel si llegaba al Parlamento. Pero no fue así, eclipsado por políticos más jóvenes o astutos.

Pero... si oficialmente militaba en un partido marxista, era Ovejero hombre religioso en sentido amplio. En la capilla mozárabe de la catedral de Toledo, en donde quisimos oír la misa de ese venerable rito, le he visto rezar fervorosamente y darse fuertes golpes de pecho, y no creo en modo alguno que fuera una farsa. Y aún: en una ocasión aludió a una noticia publicada en *ABC* y dijo de paso que probablemente la habrían leído varios alumnos, y al protestar algunos como ofensa a su izquierdismo, replicó tajantemente: «es un periódico que leen muchos y yo también». Y más: al concluir el curso hubo una última clase lectiva, en la que comenzó con emoción «hemos terminado», pero la perorata se prolongó muy largamente. Allí vino a decir que no le gustaban exámenes ni notas y que él preferiría terminar el curso yendo a una vieja ciudad castellana y en un antiguo castillo u otro monumento preguntaría al discípulo: «¿Juráis amar a España sobre todas las cosas y defenderla, así como a su Historia? Si así hacéis quedáis aprobado». Todo ello en forma mucho más florida de lo que he resumido. No hubiera podido llegar Falange a más años después. Desde luego, los exámenes fueron más vulgares y rutinarios.

Sin embargo en las Cortes republicanas de 1931 tuvo una intervención poco grata al discutirse la supresión de las órdenes religiosas, según refiere, transcribiendo parte de su discurso Arbeloa¹. Se mostró Ovejero muy hostil a las órdenes y pidió su disolución y la escuela única y laica, propugnando una cultura en sentido socialista, muy lejos de las frases oídas años antes. Tampoco era partidario de conceder el voto a la mujer, excepto a la trabajadora.

En 1932 fue llevado Ovejero a la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la vacante del ilustre coleccionista y mecenas Félix Boix. Leyó dos

¹ VÍCTOR MANUEL ARBELOA, *La Semana Trágica de la Iglesia en España (1931)*, Barcelona, 1976, Galba Edicions, especialmente pp. 185 y ss.

años después su discurso —una de sus escasas obras y quizá la primera extensa— versando su tema sobre *Concepto actual del Museo artístico*. Más tarde se le nombró bibliotecario de esa entidad. Le contestó Sánchez Cantón, quien trazó una excelente semblanza de Ovejero, del que había sido discípulo bastantes años antes que yo y resaltó su dedicación casi religiosa a la difusión de la estima por el Arte en sus numerosísimas conferencias. Allí señaló tres famosos cursos suyos: sobre el teatro de Cervantes, en su citada cátedra de Literatura; sobre Goya, a raíz de su centenario, con masiva afluencia; y las que pronunció en la Argentina y Montevideo en 1928, de las que nada se conserva.

Le correspondió jubilarse en 1941 —creo que lo hizo antes— y poco después de la guerra reingresó oficialmente en la Iglesia, publicando una retractación, pues aún se exigía entonces esta trámite a los heterodoxos, hoy más caritativamente caído en desuso o menos frecuente. Los últimos años de su vida no fueron muy felices: se hallaba al parecer en precaria situación económica y fue recogido en una Escuela de Capacitación Social de Trabajadores, situada en la Guindalera. Lo vi por última vez en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander en un curso de verano y le satisfizo que un antiguo alumno lo recordara y saludara. Estaba muy sordo y así no se enteraba de muchas cosas y por ello alguna vez perdió el autobús que comunicaba la ciudad con el grandioso Seminario de Monte Corbán donde se daba la mayoría de los cursos en aquella época. Murió el 31 de enero de 1954, a los ochenta y tres años, legando a la Facultad su biblioteca hispano-americana.

Concluiré lo referente a su vida con una nota dramática. Me refirió una persona amiga de Ovejero y que lo conocía bien que arrastraba sobre sí una tragedia. Se casó con una joven, en una época en que los noviazgos estaban muy vigilados y restringidos y al iniciar el viaje de novios se dio cuenta de que su mujer estaba enajenada y su familia había pensado librarse así de ella. Pudo hacer anular el matrimonio como se lo aconsejaron, pero caballerescamente se negó y eso explica quizá sus rarezas y lo irregular de su vida.

Pasemos a examinar brevemente su producción bibliográfica, prescindiendo de artículos en periódicos y revistas. Su obra extensa más antigua que conozco es *Del Humorismo*⁴, discurso en el Ateneo. En estilo retórico y florido y de períodos largos e imbricados, hace gala de una asombrosa erudición, con mención de numerosísimos críticos, filósofos y literatos sobre el concepto de humorismo, sin una sola cita bibliográfica ni nota erudita, algo

⁴ *Del Humorismo*. Discurso leído en el Ateneo de Madrid, Madrid, 1895, 17 cm., 48 págs.

pedante, de nombres traídos a colación, resultando confuso y con aire de haber simplemente insertado una copiosa serie de fichas, y con síntesis históricas a lo Castelar; trata del humorismo en España y al final profiere una exaltación del catolicismo como fuente artística y con una enumeración de artistas y escritores atraídos por la Fe o convertidos a ella.

Otra conferencia suya en el Ateneo en 1905 versó sobre *La muerte de Don Quijote*³. Asimismo emplea un estilo grandilocuente, castelarino y complicado con períodos largos. Considera que Cervantes mató a Don Quijote en lugar de dejarlo vivir como Avellaneda por su propia obsesión de la idea de la muerte, la cual enlaza con la pagana de Grisóstomo y con el encuentro con el cuerpo muerto cuyo séquito dispersa Don Quijote, en lo que ve la sombra de la Inquisición y el atavismo de la Edad Media, con otras alusiones a la muerte en la novela. La muerte de Don Quijote es ejemplar y únicamente superior a la de Sócrates y prefigura la del propio Cervantes, que es en realidad para Ovejero el modelo de su hidalgo. En esta obra, informada por un criterio izquierdista de la historia de España, se reflejan asimismo numerosas lecturas y la vasta cultura de su autor.

El mencionado discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando (no Real entonces) versó sobre *Concepto actual del Museo artístico*⁴. Ostenta allí un estilo más depurado, menos retórico, de períodos más cortos, con auténtico sabor de buen escritor que ha pulido su expresión y la ha esquilado de la frondosidad anterior. Como en la primera obra, pasa revista a la historia del coleccionismo artístico desde la Antigüedad hasta la formación de los museos modernos, cuya misión es la de educar el sentimiento y el gusto del Arte, defendiéndolos de quienes piensan que las obras artísticas deben permanecer donde fueron destinadas. Igualmente trasluce muchas lecturas de críticos y filósofos, pero también calla herméticamente las fuentes utilizadas para elaborar la historia de los precedentes y formación de los museos y omite toda nota al texto. Obra de interés y que es de sentir sea tan poco conocida. Es de advertir que objetivamente aquí no se trasluce la ideología política de su autor, si no es que queramos verla al elogiar la creación del Museo del Louvre por la Revolución francesa o la labor de conservación de obras de Arte durante la revolución rusa. En su contestación recordó Sánchez Cantón su asistencia a la clase de Ovejero y ensalzó hondamente la dedicación a la difusión del sentido de la belleza, su

³ Discurso en el Ateneo incluido en *El Ateneo de Madrid en el III Centenario de la publicación del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid, 1905, pp. 187-209 y tirada aparte, 4.º, 23 pp.

⁴ Madrid, 1934, imprenta de los sucesores de Rivadeneyra, 8.º, 134 pp.

tarea de verdadero apostolado y su lucha contra la incultura, la indiferencia y la rutina, el valor de sus clases, sus digresiones y sugerencias y su búsqueda del generoso alumbramiento del conocimiento de la obra de Arte.

Como académico leyó Ovejero el discurso de contestación en el ingreso del pintor gallego Francisco Llorens el 14 de junio de 1943. Trataron los dos de *Galicia y el paisaje*¹. La respuesta de Ovejero es más extensa y de más interés que el discurso del recipiendario, algo superficial y limitado a una rápida y lírica enumeración de los paisajes gallegos, sin elogio a su antecesor, López Mezquita, probablemente porque aún vivía y había dejado vacante su sillón por pasar a correspondiente. Ovejero mostró de nuevo sus dotes literarias y un estilo más depurado. Además del elogio de Llorens y de su compenetración con el paisaje gallego, atribuyéndole la hegemonía entre los paisajistas coetáneos, mostró la inferioridad pictórica de Galicia, incluso en Ferro y Pérez Villaamil en contraste con las demás Artes y de escaso carácter regional ambos. Afirmó que el paisajista debe ir precedido por un ideario estético que dé lugar a la contemplación artística de la Naturaleza; Llorens le había confesado que su paisaje procedía de su exaltación de amor a la tierra gallega ayudada por los escritores y proclamó que el amor a la Naturaleza de él y del pintor no derivaba de Rousseau sino de San Francisco. Y terminó con unas frases de Feijoo sobre Estética, sin dejar de mencionar a varios escritores y a sus amigos García Martí y Maeztu.

También a la posguerra pertenece su libro, probablemente el último, sobre *Isabel I y la política africanista española*², quizá por encargo del Instituto de Estudios Africanos, que lo editó. Obra informada por encendidos criterios patrióticos y religiosos, en la que refleja numerosas lecturas y en la que se omite todo aparato erudito. En realidad casi prescinde del tema que parece indicar el título y desarrolla una biografía divulgadora, brillante y entusiasta de la Reina Católica, analizando los diversos aspectos de su política, en tono apologético y profunda admiración por su obra, con exégesis y valoraciones. No deja de tratar al final de África y de lo que pensaron sobre el papel de España ante ella Donoso Cortés, Cánovas, Costa, Vázquez de Mella y otras figuras. Está escrita esta obra con buen estilo, más conciso

¹ *Galicia y el paisaje*. Discursos leídos por el Excmo. Sr. Don Francisco Llorens y contestación del Excmo. Sr. Don Andrés Ovejero Bustamante el 14 de junio de 1943, 4.º, 38 páginas (El discurso de Llorens ocupa las pp. 7-16 y el de Ovejero, las pp. 19-38).

² *Isabel I y la política africanista española* (Estudio de la Reina Católica en el marco de la tradición española en África). Instituto de Estudios Africanos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1951, 4.º, 279 pp. También publicó Ovejero dos artículos en *Archivos de Estudios Africanos*, órgano de la misma entidad, sobre *La visión artística de África y Cisneros en África* (núms. 6 y 16).

y con menos retórica, con períodos no muy largos, casi azorinianos y que denota un literato nato y de fibra.

Y volviendo bastante atrás, un explosivo retardado. Participó Ovejero en 1901 en la información promovida por Joaquín Costa a través del Ateneo de Madrid sobre «Oligarquía y caciquismo». En su breve comunicación se mostraba opuesto al «cirujano de hierro» que preconizaba el recio aragonés, pues eso sería la dictadura, que, según Altamira, es la panacea que desea un pueblo en decadencia, la cual en España se precipitaría si se diese el poder a un gobernante personal, siendo un error que un individuo pueda contener aquélla; el individualismo va pasando y gana el principio colectivo y democrático. «El problema no es ése, el problema no es de persona, de tutor, de dictadura, es problema de colectividad, de pueblo, de nación. He dicho que con la dictadura por solución, el mal de nuestra decadencia se agravaría y no así como se quiera, sino en proporciones considerables. Pronto el bisturí, símbolo de la política quirúrgica se transformaría en sable. No tardaría en presentarse a la vista quien, encima de haber ayudado eficazmente a nuestras desdichas, todavía creería poder levantarse sobre la nación y convertirla en feudo suyo». Reproduzco estas palabras por mera objetividad. Pero tuvieron un efecto subversivo veintitrés años más tarde, cuando las reprodujo Sainz Rodríguez en 1924 en su discurso de inauguración del curso en la Universidad de Madrid y que versó sobre *La evolución de las ideas sobre la decadencia española*. Lo más detonante de dicho discurso, de puro carácter histórico, pero no exento de una discreta intención política, eran las citadas frases de Ovejero. Como es sabido, la oposición a Primo de Rivera se agarró al discurso y aprovechó el banquete que la Universidad ofreció a Sainz Rodríguez para convertirlo en acto de protesta, que motivó su suspensión por la policía, el arresto del general Berenguer, asistente a aquél y lanzó a Sainz al terreno de la política, aunque más adelante con un color diferente del que esperaban de él los promotores del escándalo. Y cabe pensar qué opinaría el mismo Ovejero cuarenta años después de su ponencia⁹.

No pretenden ser estas líneas una biografía de Ovejero, que requeriría mayor labor de investigación y en especial podrían dibujar mucho mejor

⁹ *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla*. Información en el Ateneo Científico y Literario de Madrid sobre dicho tema. 1902, pp. 578-584 (Informe dado el 29 de mayo de 1901). El discurso de Pedro Sainz Rodríguez se publicó en 1924, con nueva edición en 1925 y de nuevo en 1962 (Madrid, Rialp), pero en ésta se omitió la frase sobre el bisturí y el sable. Sainz Rodríguez relata el mencionado suceso en *Testimonio y Recuerdos*, Barcelona, Edit. Planeta, 1978, pp. 87-90, y dedica también un recuerdo lleno de simpatía a Ovejero.

otros antiguos alumnos y amigos suyos, con más riqueza de información y recuerdos. Me he querido confinar ante todo a mis propios recuerdos e impresiones sobre un maestro eficaz y un hombre bueno.

ADICION

En mi artículo *Un historiador madrileñista: Ricardo Martorell* publicado en los ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS, tomo de 1980, al referirme en la pág. 455 al padre de dicho historiador y a los elogios que le tributó don Juan Valera, se me pasaron los que a su tío don Gabino de Martorell, dedicó nada menos que Rubén Darío, quien a raíz de su viaje a España en 1892 refiere que en la tertulia de Valera conoció entre otros al duque de Almenara Alta que «era un noble de letras, buen gustador de clásicas páginas, y, por su parte, dejó algunas amenas y plausibles» (*Autobiografía*, tomo XV de *Obras Completas*, Madrid, s.a., Edit. Mundo Latino, pp. 94-95).